

CAMARA DE DIPUTADOS

HOMENAJE AL SEÑOR ERNESTO AYALA OLIVA

El domingo 11 de Junio, a los 91 años de edad, Ernesto Ayala Oliva emprendió su último viaje, esta vez sin carta de navegación, como un marinero solitario rumbo al océano misterioso de la eternidad. Partió como siempre, sereno, fuerte, valiente y dispuesto a navegar incluso contra la corriente.

Fueron 91 años de una vida plena, que traspasa los datos biográficos que se han reiterado con emoción desde su partida, porque el sello de este hombre bueno y sencillo estaba en su respeto por el ser humano y la justicia, en su humor pícaro y elegante, en su profundo amor por su mujer y su familia y en la lealtad con sus ideas, con los trabajadores y con sus amigos.

Ernesto Ayala fue mucho más que un dirigente gremial y un empresario. Fue un chileno dispuesto a cumplir con cada una de las misiones que el destino le puso por delante, con responsabilidad, amor a Dios y a su patria.

Nació en Santiago en 1916 y vivió sus primeros 10 años en Antofagasta. Se educó en el Instituto Nacional y luego en la Escuela de Ingeniería de la Universidad de Chile, donde se graduó con honores y ganó una beca a Estados Unidos.

Tras graduarse fue contratado por el Ministerio de Obras Públicas para ir a reconstruir la zona sur, afectada por el terremoto del 1939. Trabajó luego en Endesa y posteriormente en CORFO.

Su trayectoria en el sector privado se inicia en 1945, cuando llega a Fensa, empresa de la cual se convirtió en gerente general en 1947. En 1958 se inicia su largo camino en la Compañía Manufacturera de Papeles y Cartones, primero como gerente general, luego como Vicepresidente en 1981, hasta asumir en 1986 la Presidencia de la empresa. **Permanecería en la Compañía hasta su último día de trabajo, en abril de 2005.**

Si en el mundo empresarial dejó una huella caracterizada por la audacia, el trabajo constante y la corrección a toda prueba, como dirigente gremial marcó una senda histórica, con un liderazgo reconocido por todos los sectores y una franqueza que lo ubicó en el centro de la controversia en más de una oportunidad.

Fue presidente de ASIMET entre el 52' y el 54'. En 1981 fue nominado como consejero honorario de la Sociedad de Fomento Fabril, entidad que presidió entre 1982 y 1987. En su paso por la institución se propuso elevar la calidad de vida de los trabajadores. Se construyeron entonces 23 mil viviendas para los trabajadores industriales y se elevó el nivel educacional de los liceos técnicos administrados por la Sofofa.

Fue consejero honorario del Instituto de Ingenieros de Chile. Entre octubre de 1995 y noviembre de 1997 fue nombrado Presidente del Consejo de la Confederación Industrial de la Celulosa y el Papel Latinoamericano (CICEPLA).

Revolucionario para muchos en el mundo de los negocios, Ernesto Ayala fue premiado en más de una ocasión por sus pares. Obtuvo la distinción de Empresario del Año de Icare en 1990. En el 2002, el Premio a la Responsabilidad Social de SOFOFA. Y en octubre del año pasado, recibió el premio Jorge Alessandri Rodríguez que le otorgó Asimet.

Este probablemente debe haber sido el homenaje más emotivo de todos los que recibió durante su vida, porque representaba los valores difundidos por su principal líder, su amigo Jorge Alessandri. Pocos recuerdan que Ernesto Ayala se incorporó a la Papelera en 1958, precisamente para permitirle a Don Jorge abandonar la gerencia general y convertirse en candidato presidencial.

Junto a Hernán Briones y Eugenio Heiremans fueron amigos inseparables. El grupo era conocido como “Los Tres Mosqueteros”, por su apasionada defensa de la libertad, tanto así que, en su homenaje para despedirlo, El Mercurio tituló Adiós a un Mosquetero de los negocios.

Con un coraje y franqueza a prueba de todo, emprendió un rol determinante en la defensa de los principios de respeto a la propiedad y a la libertad de emprender. Durante la Unidad Popular se opuso con fuerza a la expropiación de la Compañía Manufacturera, pronunciando un grito histórico que en miles de chilenos resuena hasta hoy: **¡LA PAPELERA NO! y la papelera no se expropió.**

Su muerte es casi coincidente con la elección como Presidente de Francia de Nicolás Sarkozy. Cuánto le habría gustado leer y releer su ya famoso discurso de Bercy. Cuántas veces lo escuchamos plantear, justamente, que los ejes de una sociedad libre, democrática y próspera eran el equilibrio entre los derechos y los deberes ciudadanos, el trabajo como factor de realización personal, social y económica; y el amor y respeto por Chile. No olvidemos que con ideas muy similares Ernesto fue mencionado por muchos como posible candidato presidencial para las elecciones presidenciales de 1989.

Ernesto Ayala no hablaba de sí mismo, ni de lo que sabía. Se definía como un trabajador papelerero, sindicalista y manejador de máquinas y en la fábrica se sentía como en su casa, como recordó Eliodoro Matte recientemente.

Siempre estaba interesado en escuchar la opinión del otro, un valor tan apreciado en estos tiempos, cuando muchas veces las diferencias nos cierran los oídos. No obstante esa permanente disposición a escuchar, era de convicciones sólidas, de **“una sola opinión”**, como señaló al día siguiente de su muerte su amigo Eugenio Heiremans. Y con la libertad de quien tiene sus ideas claras e inquebrantables, tuvo frases célebres y dignas de recordar:

- **“Me importa un rábano que me llamen Fáctico. Los empresarios tienen el derecho y la obligación de preocuparse de los problemas políticos, porque están ligados al desarrollo del país”**.
- Y en materia económica sostuvo, **“La solución más fácil es mantener el alza de impuestos, pero no es bueno, porque erradicar la pobreza no se consigue con mayores tributos, sino con más crecimiento”**.

Quienes tuvimos el privilegio de conocerlo muy de cerca podemos dar testimonio no sólo de su austeridad, su agudo sentido del humor y su patriotismo. También constatamos su fe en el ser humano, de la condición que fuera, y la necesidad de entregarle las herramientas para que desarrollara todas sus potencialidades.

Entre todos sus quehaceres se dio tiempo para su gran pasión: el mar y la navegación. Fue un aventurero y un romántico navegante. Recorrió el país desde Caldera al Golfo de Penas en su yate el ALCATRAZ y navegó por la India, las islas Seychelles, la Polinesia y tantos otros continentes, junto a su amigo Agustín Edwards.

A los 79 años, se incorporó al curso de Aspirantes a Reserva Naval Yates, para embarcarse luego en el submarino O'Brien y el Destructor Prat. En abril del año 2000 fundó junto a un grupo de socios la Fundación Mar de Chile. **Hasta sus últimos días soñaba con reembarcarse para emprender nuevos rumbos.**

En una de sus entrevistas confesó **“de joven me di vuelta por muchos lados, hasta que tomé una decisión y ahí me quedé”**. Esa decisión fue contraer matrimonio con su mujer y la compañera de su vida por más de 60 años, Adriana Marfil Labarca.

Junto a ella fundó lo que él decía era la empresa de la que más orgulloso se sentía; su familia, formada por seis hijos: Adriana, Carmen, Ernesto, Rebeca, Enrique y Jorge, que luego le darían 29 nietos y 21 bisnietos. Hace poco más de un año celebraron en grande los 60 años de matrimonio y sus 90 años.

Su vida no fue fácil, una y otra vez el destino le puso por delante pruebas dolorosas, de mucha exigencia espiritual y física. Soportó estoico la muerte de su hijo Ernesto, de 36 años y luego la de su querido nieto, Nicolás Costa, de 18 años. Luchó con toda su fuerza y decisión para que una de sus nueras le ganara la batalla a una grave enfermedad. Contra viento y marea y contra todos los pronósticos médicos, lograron salvar su vida.

Cuesta imaginar que un hombre inquieto y vital fuera dueño de una salud delicada: padecía constantes dolores de espalda, vivió con un tercio de su estómago y llevaba un marca pasos en su corazón desde hacía varios años. Jamás se quejó y cuando últimamente le preguntaban cómo estaba, respondía con humor "estoy bien para ser un viejo papelero", no obstante lo débil de su salud y de la pena profunda que lo aquejaba.

Cuando por fin a los 90 años decidió retirarse a su casa, el destino le puso por delante su última gran prueba: la más dura, la más injusta, la muerte de su mujer, a los 82 años, repentina e injustificada, en un trágico accidente hace un año. Consternado con la noticia, repetía que Adriana se había muerto "por puro gusto, Pero ¡Si estaba buena y sana!, decía. Probablemente ese haya sido el principio de su despedida, la extrañaba con dolor en su alma y en su cuerpo. Dios mediante, hoy descansa junto a ella y a todos sus seres queridos.

Si tuviera la posibilidad de presenciar este homenaje, se reiría con humildad, mañana me llamaría y me daría las gracias, pero reclamaría que no se lo merecía.

Desde el 11 de Junio, ya no está entre nosotros ese viejo marinerito, ese viejo papelero. Su familia, amigos y quienes tuvimos el privilegio de conocerlo lo recordaremos como ejemplo de amor y de sencillez. Mientras que **para miles de chilenos, seguirá siendo un Valiente Mosquetero, dispuesto a dar la batalla por la libertad y por la dignidad de su país y la de todos sus ciudadanos.**

Desde esta tribuna de la Cámara de diputados digo con profunda pena y verdadera emoción, adiós, a Ernesto Ayala.

Adiós querido amigo, querido tío Ernesto, que descanses en paz

MARIA ANGELICA CRISTI MARFIL

DIPUTADA

Valparaíso, agosto de 2007